

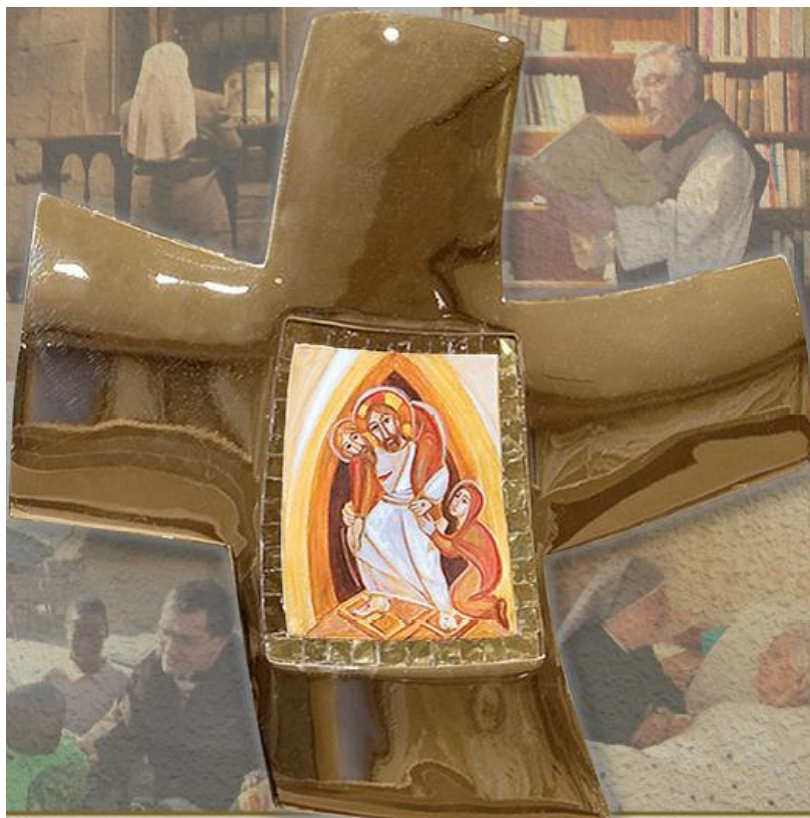


Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat
Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autor	Conferència Episcopal Espanyola – Vida Consagrada	9
Títol	Materials per a la Jornada Mundial de la Vida Consagrada	
Data	Any 2013	
Font	Comissió de la Vida Consagrada de la Conferència Episcopal Espanyola	
Publicat	31 de gener de 2013	

Materials per a la Jornada Mundial de la Vida Consagrada



La vida consagrada en l'Any de la fe
*Signe viu de la presència
de Crist ressuscitat en el món*

Benet XVI, *Portus fidei*, 15



JORNADA PER A LA VIDA CONSAGRADA - 2 de febrer de 2013



CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Vida Consagrada



**MATERIALES PARA LA
JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA
2013**

Presentación

Subsidio para la celebración diocesana

Testimonios

Textos del magisterio

PRESENTACIÓN

El día 2 de febrero es la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo de Jerusalén (cf. *Lc 2, 22-40*), conmemoración litúrgica popularmente llamada *la candelaria*.

Desde el año 1997, por iniciativa del beato Juan Pablo II, se celebra ese día la *Jornada Mundial de la Vida Consagrada*, y los consagrados, con su modo carismático de vivir el seguimiento de Jesucristo, son puestos en el candelero de la Iglesia para que, brillando en ellos la luz del Evangelio, alumbrén a todos los hombres y estos den gloria al Padre que está en los cielos (cf. *Mt 5,16*).

En el presente Año de la fe convocado por el papa Benedicto XVI, la vida consagrada, en sus múltiples formas, aparece ante nuestros ojos como un ***signo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo***, expresión tomada de la carta apostólica *Porta fidei* (n. 15) y lema de dicha Jornada.

¿Qué significa que los consagrados son un signo para el mundo de la presencia de Cristo resucitado en medio de nosotros? El apóstol san Pablo puede darnos la clave interpretativa de dicha afirmación al confesar: «Mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Gál 2, 20*). Los consagrados viven esta fe existencial, una fe que nace del encuentro con Dios en Jesucristo, de su amor, de la confianza en su persona, hasta involucrar la vida entera. «La fe no es un mero asentimiento intelectual del hombre frente a las verdades en particular sobre Dios; es un acto por el cual me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es la adhesión a un *Tú* que me da esperanza y confianza. [...] Dios se ha revelado a nosotros en Cristo, ha revelado que su amor por cada uno de nosotros es sin medida: en la cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra del modo más luminoso a qué grado llega este amor, hasta darse a sí mismo, hasta el sacrificio total. Con el misterio de la muerte y Resurrección de Cristo, Dios desciende hasta el fondo de nuestra humanidad para elevarla. La fe es creer en este amor de Dios [...], un amor indestructible que no solo aspira a la eternidad, sino que la da»¹.

1. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 24.X.2012.

Los religiosos y religiosas, las vírgenes consagradas, los miembros de los institutos seculares y las sociedades de vida apostólica, los monjes y monjas de vida contemplativa, y todos cuantos han sido llamados a una nueva forma de consagración, hacen del misterio pascual la razón misma de su ser y su quehacer en la Iglesia y para el mundo. Ellos y ellas, con su vida y misión, son en esta sociedad tantas veces desierta de amor, signo vivo de la ternura de Dios. Nacidos de la Pascua, ellos y ellas, por el Espíritu de Cristo resucitado, pueden entregarse sin reservas a los hermanos y a todos los hombres, niños, jóvenes, adultos y ancianos, por el ejercicio de la caridad, en las escuelas y hospitales, en los geriátricos y en las cárceles, en las parroquias y en los claustros, en las ciudades y en los pueblos, en las universidades y en los asilos, en los lugares de frontera y en lo más oculto de las celdas.

El papa Benedicto XVI, al convocar el Año de la fe, ha querido que «la Iglesia **renueve** el entusiasmo de creer en Jesucristo, único Salvador del mundo; **reavive** la alegría de caminar por el camino que nos ha indicado; y **testimonie** de modo concreto la fuerza transformadora de la fe [...] a través del anuncio de la **Palabra**, la celebración de los **sacramentos** y las obras de **caridad**». Y asimismo lo quiere para todos nuestros hermanos y hermanas de la vida consagrada. Tenemos ante nosotros, pues, un magnífico programa para este Año de la fe: **renovar** con entusiasmo la consagración, **reavivar** con alegría la comunión, **testimoniar** a Cristo resucitado en la misión evangelizadora.

✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
Presidente de la CEVC

SUBSIDIO LITÚRGICO PARA LA CELEBRACIÓN DIOCESANA

Monición de entrada

Queridos hermanos todos, que habéis venido a celebrar hoy la fiesta de la *Presentación del Niño Jesús en el Templo*. A los 40 días del nacimiento en Belén del Hijo de Dios, la Virgen María y su esposo san José, entraron en el Templo llevando al pequeño Jesús en sus brazos para presentarlo y ofrecerlo al Señor. También nosotros, 40 días después de haber celebrado la Navidad, somos llevados y presentados por nuestra Madre la Iglesia ante el Dios vivo y verdadero, para renovar nuestra ofrenda al Señor y presididos por nuestro Obispo diocesano.

El lema de esta Jornada de la Vida Consagrada, **“La vida consagrada en el Año de la Fe. *Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo*”**, nos recuerda a todos los consagrados la vocación que tenemos de ser testigos de la Pascua en medio de este mundo. En el Año de la fe, convocado por el Santo Padre Benedicto XVI, necesitamos impetrar de Dios la gracia para vivir como resucitados en cada momento de nuestra vida y en las distintas misiones que la Iglesia nos ha confiado.

La Eucaristía que celebramos es memorial del misterio pascual, acontecimiento de muerte y resurrección del Señor. Presididos, pues, por nuestro Obispo, Padre y Pastor de esta Iglesia particular, salimos al encuentro del Señor con la luz de la Fe, la fuerza de la Esperanza y la alegría del Amor de Dios.

Renovación de la consagración

Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia.

El Celebrante:

Hermanos y Hermanas: En esta fiesta de la Presentación del Señor, agradecemos a Dios nuestra vocación consagrada, suscitada en la Iglesia como una luz que el Padre ha puesto en el candelero, para que alumbre a todos los de la Casa. Los diversos carismas y las distintas formas de consagración son expresión de la múltiple gracia con que Dios ha querido embellecer a su Iglesia. Hoy renovamos nuestro particular seguimiento de Cristo pobre, casto y siempre obediente al Padre.

Todos oran en silencio durante algún tiempo.

El Celebrante:

Bendito eres, Señor, porque por medio de tu Espíritu has llamado a hombres y mujeres para que, consagrados a Ti, sean en la Iglesia manifestación viva del seguimiento radical de Jesucristo, testigos de la fe y evangelizadores valientes llenos de caridad. Por ello ¡te glorificamos!

El cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

La asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en tu Hijo Jesús nos has mostrado el camino del amor sin medida por medio del servicio solícito y generoso. Cristo ha hecho de Tu voluntad su alimento y su descanso, su fortaleza y su alegría.

El lector 2º:

Gracias, Padre, por habernos querido asociar íntimamente a este misterio de **Obediencia** filial en Cristo. La Virgen María, Sierva obediente de Dios, nos precede en la sincera acogida de tu Voluntad; como hijos suyos renovamos el voto de obediencia que un día profesamos en el seno de tu Iglesia.

La asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en Cristo, nuestro Dios y Señor, nos has dado la Verdad de tu Amor. Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su **Pobreza**, nos ha mostrado la bienaventuranza evangélica reservada para los *mansos y humildes de corazón, los pobres de espíritu, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, los perseguidos y los que sufren a diario por causa de tu Reino.*

El lector 2º:

Gracias, Padre, por Cristo, *tu Hijo Amado, a quien nos invitas a escuchar siempre.* Él es el Hombre-Dios paciente y misericordioso, compasivo y fiel, que ha venido para enseñarnos el camino a la Casa del Padre. De Cristo aprendemos que no tenemos otro lugar donde reclinar nuestra cabeza fuera de Ti. Junto a Él somos dichosos de vivir desprendi-

dos, compartiendo nuestros bienes con los necesitados y proclamando que sólo Tú eres nuestra riqueza.

La asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en Jesucristo, el Hijo Bendito de María, hemos sido seducidos por tu Amor y conducidos a la virginidad de nuestros corazones. Como María podemos decir hoy: ¡Somos de Cristo y le pertenecemos sólo a Él!

El lector 2º:

Gracias, Padre, por tu Hijo Jesús, Esposo fiel de la Iglesia. Renueva en nosotros la llama de tu Amor, la dicha y la alegría de vivir la verdadera **Castidad** y la pureza sincera, de cuerpo, mente y corazón, en el camino de santidad que es camino de verdadera plenitud.

La asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El Celebrante:

Oh, Señor: mira con ojos de misericordia a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: un día les llamaste y ellos te siguieron dejándolo todo por ti. Renueva hoy en sus vidas la llama del amor primero. Ayúdales a caminar presurosos tras tus huellas e infunde en sus corazones el auténtico seguimiento que nace del Evangelio. Dales la adhesión sincera a tu Palabra en la comunión de nuestra Madre la Iglesia. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

La asamblea, aclama cantando:

Amén, amén, amén.

Oración de los fieles

A las intenciones propias de la fiesta, se propone añadir estas otras:

— Señor, tu Palabra es *Camino, Verdad y Vida*. Te pedimos hoy por todos los jóvenes que te buscan aun sin saberlo; que puedan escuchar tu invitación *Ven y sígueme*, y se dejen iluminar con la Luz del Evangelio. Roguemos al Señor.

— Oremos por todos los Institutos Religiosos de Vida Apostólica, los miembros de Institutos Seculares y de Nuevas Formas de Consagración, por el Orden de las Vírgenes, por cuantos han recibido el don de la llamada a la consagración, para que, alcanzados por Cristo sean auténticos testigos de la Resurrección y firmes defensores de la Vida, en nuestra sociedad y en el mundo entero. Roguemos al Señor.

— Oremos por todas las familias, elegidas por Dios para transmitir la fe a sus hijos, para que impulsadas por la fuerza del Espíritu Santo y el amor de Cristo Jesús, puedan ejercer su misión de ser semillero de vocaciones. Roguemos al Señor.

— Oremos por quienes estamos participando en esta celebración eucarística en la Jornada de la vida consagrada, para que todos seamos uno en el amor y el mundo crea en Jesucristo, único Salvador de todos los hombres. Roguemos al Señor.

TESTIMONIOS

INSTITUTO SECULAR

Ser para el mundo reflejo de Jesús

«*Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo*»
(Mt 5, 13-14)

Hago más estas palabras que Jesús dirigió a sus discípulos tras la predicación de las Bienaventuranzas. En la vocación a la que Dios me ha llamado esta es mi misión: manifestar el amor de Dios a todos los hombres.

Esta labor se concreta, en mi vida diaria, compaginando consagración y secularidad. Cada día es un estar con Cristo y un estar en contacto con las personas que me rodean. Sin más símbolos externos que manifiesten mi consagración que la alegría de ser de Dios, intento ayudarles a vivir la vida cristiana en plenitud, para llegar a la santidad a la que todos los bautizados estamos llamados.

Por medio de la tarea educativa trato con niños, jóvenes y matrimonios. Cuesta llegar a ese trato de confianza y ahondar en sus vidas, en sus ideas y vivencias, pero luego, agradecen hondamente aquel amigo que se preocupa y busca, de forma desinteresada, ayudar.

De esta manera descubrí lo que Dios quería de mí y, como nos dijo el beato Juan Pablo II a los jóvenes en Cuatro Vientos, estoy convencida de que *vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!*

Que todos los consagrados y consagradas podamos adherirnos en este Año de la fe profundamente al Señor, particularmente por medio de los consejos evangélicos; y prepararnos para una evangelización siempre más intensa, entregándonos con entusiasmo a la nueva evangelización.

Inés Sanmartín Ruiz
Instituto Secular *Ignis Ardens*

NUEVA FORMA DE CONSAGRACIÓN

Creo en la presencia de Cristo resucitado en el mundo

El lema de la Jornada de Vida Consagrada de este año me ha evocado el deseo con el que el papa Benedicto XVI ha convocado el Año de la fe: que cada cristiano pueda «redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo».

Ahora bien, ¿cómo descubrir el camino de la alegría entre las sendas del dolor cotidiano? En su catequesis del 28 de noviembre de 2012 el Papa nos decía: «Para hablar de Dios, tenemos que hacerle espacio, en la esperanza de que es Él quien actúa en nuestra debilidad: dejarle espacio sin miedo, con sencillez y alegría [...]; la comunicación de la fe siempre debe tener un tono de alegría. Es la alegría pascual, que no calla u oculta la realidad del dolor, del sufrimiento, de la fatiga, de los problemas, de la incomprensión y de la muerte misma, pero puede ofrecer criterios para la interpretación de todo, desde la perspectiva de la esperanza cristiana. La vida buena del Evangelio es esta nueva mirada, esta capacidad de ver con los mismos ojos de Dios cada situación».

Esta es la clave. Por eso, lo que brota desde mi corazón en este instante, lo que puedo compartir como sencillo *testimonio*, es la impresión de una respuesta insistente, contundente, nítida, de las Personas divinas a cualquier pequeño, insignificante acto de atención al Evangelio, al espíritu evangélico, al estilo de vida de Jesús.

Esa respuesta es un consuelo, pero no cualquier consuelo. Es un dedo invisible que señala al prójimo, a mi prójimo, para decirme: *Dale tú de comer*. Este consuelo no precisa de explicaciones o de otros signos; se trata de un gesto de amor de nuestro Padre celestial, confiándome lo más querido por Él, lo mismo que confió a nuestro Hermano Primogénito. Nada menos; ¿cómo no sentirse perdonado? ¿Cómo no reconocer que me llama hijo?

Poner en mis manos de pecador el alma de una, dos o mil personas que esperan un gesto mío que hable del cielo; encargarme lo mismo que encomendó a Cristo: ¿puede haber otra alegría mayor?

Es lo que siento recibir cada mañana, cuando renuevo en mi oración lo que recibí, junto con mis hermanas y hermanos, de manos de mi Fundador, Fernando Rielo, que solo vivió y murió para la Iglesia. Este fue siempre su deseo, auténtico testamento espiritual para quienes

estamos llamados a llevar el Evangelio a todos los rincones del mundo: «Yo pido a Dios que los miembros de la Institución se caractericen por la alegría, una alegría en todas las cosas que no sea como las fugaces alegrías de este mundo. Quiero que crezcan con esa mística alegría en tal grado que vean la tierra desde el cielo y no el cielo desde la tierra».

P. Luis Casasús Latorre, M.Id
*Instituto Id de Cristo Redentor,
misioneras y misioneros identes*

VIDA CONTEMPLATIVA

La vida consagrada en el Año de la fe

Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo

(Benedicto XVI, *Porta fidei*, n. 15)

La Resurrección de Jesús es el eje central de nuestra fe y lo que ha afectado a la fibra interna de nuestra vida para impulsarnos a ser testigos de Alguien vivo.

Esta experiencia me ha permitido avanzar en el camino bajo su luz, clarificando mis oscuridades y reconociendo su rostro, que, en un principio, se manifestó en el plano intuitivo y después ha generado tal confianza que es la parte esencial de mi vocación.

Como monja contemplativa quiero manifestar que he sido encontrada por el Dios vivo y quiero irradiar al mundo la fuerza de su amor con un canto de alabanza. El Resucitado ha implantado en mi pobre tierra un “canto nuevo” y con este germen de vida nueva, que consiste en la melodía de la alegría esencial de saberme incondicionalmente amada por Jesús, que me ha liberado del pecado, soy signo vivo por su presencia en mí; porque su Espíritu, que es fuego, me mantiene incandescente, emitiendo ráfagas de gozo incontenible por tanto don recibido. En esta perspectiva renuevo, cada día, la conciencia de cómo ha intervenido en mi historia personal, en cada acontecimiento, cómo va haciendo de mí una criatura nueva y cómo, incluso en la oscuridad, en las confusas sombras, encuentro al Dios de la vida.

El día a día está marcado por la historia de una relación con Dios que se hace presente en su Palabra, en la liturgia, en la Eucaristía, que es lo que nosotras celebramos glorificándolo. El ritmo regular de la alabanza nos permite introducir ese tiempo eterno de Dios en el tiem-

po de la humanidad y recibir de Él la luz que proyectamos hacia afuera y que nos posibilita el ir reproduciendo unas características existenciales que nos definen como contemplativas, o, lo que es lo mismo, experimentar desde la debilidad una confianza ilimitada en su Palabra, que ilumina nuestra mente y nuestro corazón. El valor del silencio, que no es ausencia de Dios, sino palabra empeñada con la humanidad que habla calladamente a través de las cosas, de la naturaleza, de los acontecimientos y de las personas, a través de la vida entera y principalmente en su Verbo entregado y glorificado.

La vida contemplativa es consciencia de estar invadida por la presencia del Resucitado; es creatividad desde la pobreza de medios, siendo, el testimonio y la transparencia de la belleza de Dios (que para mí tiene una enorme seducción), el medio para dejarme “transfigurar” y así permitir que los dones del Espíritu me configuren.

Vivir sirviendo a esta humanidad desde la contemplación no es desinteresarse de la realidad. Todo lo contrario. Dios ha querido hacerse presente en esta realidad y, por tanto, esta realidad es transparencia de Dios. Como bien apuntaba el Hno. Alois de Taizé en el reciente Sínodo para la Nueva Evangelización, nuestros monasterios ofrecen al mundo la constante cercanía de Dios a través de la oración. No se trata de un desinterés de la realidad, sino un auténtico compromiso con ella.

Si cada monasterio es un foco de Luz y de Fe que ilumina a todos los que nos ven y nos conocen; si nuestra vida es capaz de irradiar a Dios en nuestras palabras y obras, podemos afirmar que la humanidad tiene en nosotras un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en medio de ellos. Así me siento entregada a Cristo, para que el mundo crea.

Hna. M.^a del Carmen Mariñas
Concepcionista Franciscana

INSTITUTO RELIGIOSO

El testimonio de vida de los religiosos, como nueva evangelización

Creo que hoy, más que nunca, la vida religiosa es significativa e imprescindible en nuestra sociedad, por la fuerza del testimonio de vida de cada uno de sus miembros.

Más allá de las dificultades internas y externas que nos rodean, los religiosos y religiosas tenemos la certeza de que somos enviados a nuestros hermanos como pequeña levadura en medio de la masa, como sal, como profetas, como evangelizadores.

La misión de la vida religiosa no es otra que hacer presente a Jesucristo en el mundo, ofrecer, desde su mensaje y su vida, razones para vivir y sentido de Dios para interpretar la historia.

En este hoy de Dios, y como respuesta a la nueva evangelización, debemos tener la valentía de recorrer este camino:

Salir de la cueva como Elías: Ser capaces de dejar nuestras seguridades, nuestros miedos al presente y nuestras estadísticas de futuro, y quedarnos a la intemperie de la fe, para sentir “el misterio de Dios” que nos envuelve la vida, y bajar después a anunciarlo a “nuestro pueblo”.

Subir al monte como Moisés: Descubrir la zarza ardiente, ponerse “a tiro de Dios” cada día, para dejarse encontrar por un Dios personal que resitúa nuestra vida y nuestra misión, y poder mirar la sociedad de hoy tal como la mira Dios y escuchar el clamor del pueblo, que Dios oye. Sentir que las debilidades y pecados de nuestro mundo se dan muchas veces en nuestras propias vidas, por eso no somos “salvadores”, sino indicadores de caminos, compañeros de “éxodo” hacia la verdadera vida.

Volver a Galilea como los discípulos: Vivir la radicalidad del seguimiento de Cristo. Volver al amor de “las cuatro de la tarde” para ir transformándonos en memoria viva de Cristo, virgen, pobre, obediente, fraterno, con la vida puesta en y por el Reino.

Remar mar adentro y pasar a la otra orilla: Vivir en “estado de misión”. Crear comunidades que sean anuncio del evangelio por su modo coherente y sencillo de vivir, su capacidad de acogida, su solidaridad real, su disposición al compartir. Comunidades que arriesgan, que se acercan a esas “orillas” de dolor, necesidad y falta de sentido que viven

nuestros hermanos, los hombres y mujeres de hoy. La fe y la esperanza nos harán creativos en el amor y en el servicio.

Este es nuestro reto y nuestro sueño: hacer presente y operante en el mundo a Jesucristo y a su Reino. Pero quien no arde, no enciende; el que no interroga, no provoca respuestas; el que no inquieta, no pone a nadie en camino...

La pasión por Dios es pasión por la vida, y es esa pasión la que nos lanzará cada día mar adentro, hasta la orilla de los hombres, nuestros hermanos, para decir con nuestras vidas, con un lenguaje “comprensible”: «Aquello que hemos oído, lo que han visto nuestros ojos... lo que palparon nuestras manos de la única razón de vida» (cf. 1 *Jn* 1, 1).

M.^a del Carmen Morillo Mancina
Hija de Cristo Rey

ORDEN DE VÍRGENES

«Con amor eterno te amé»

(*Jr* 31, 3)

Una cosa es clara: cuando Dios te elige, posteriormente te sigue, te persigue y te consigue, y ¡menos mal!; porque cuántas veces le diría yo al Señor aquello que reza un himno de la Liturgia de las Horas (de Lope de Vega): «mañana te abriré, para lo mismo responder mañana». Es lo que tiene la juventud, que con ir a misa, estar un poco implicada en la parroquia y pasarlo bien, ya tenemos suficiente. Creemos que todas nuestras preocupaciones son la familia, los amigos, los estudios o el trabajo; sin embargo el Señor va “haciendo” en cada uno de nosotros, y nos hace salir de nuestra mismidad para poner los ojos en el “otro”.

Y a mí todo me iba fenomenal (con las complicaciones típicas de los jóvenes, ¡en la vida no es todo color de rosas!). Pero... había algo que no encajaba, no sabía el qué, algo faltaba, no era feliz en mi humanidad y no sabía explicarlo.

Un camino recorrido: conversaciones con sacerdotes, el apoyo de los amigos, de mi familia, de mi guía espiritual... Hasta que en el 2003, en el aeródromo de Cuatro Vientos, el beato papa Juan Pablo II nos dijo: «Vale la pena dedicarse a la causa de Cristo»; y con su «No tengáis miedo», todas mis seguridades humanas se tambalearon. Era capaz de sentir: «Si te tengo a ti ya no necesito nada» (cf. *Sal* 73); y surgía desde

lo más hondo el «hágase» que posteriormente se plasmaría en un «fiat» en el Orden de Vírgenes, el 11 de junio de 2005; el día más feliz de mi vida hasta hoy, porque Dios cada día me sorprende, y si bien no sé lo que me deparará mañana, yo confío en Él.

Los años van pasando, y hoy sigue ardiendo en mí esa felicidad. Mi vida como consagrada en medio del mundo es maravillosa, me despierto cada mañana dando gracias a Dios y le digo: «Buenos días Señor, por ti madrugo» (cf. *Sal* 63, 2). Mi jornada diaria diría que se trata de llevar el “abrazo de Dios” a aquellos que están necesitados, a sus preferidos; ser testimonio del amor de Dios, porque la esperanza de que Dios está allí no deja de crecer. Y si un día yo escuché: «Eres precioso ante mí, de gran precio, y yo te amo» (*Is* 43, 4), esto mismo lo intento hacer llegar a los que el Señor va poniendo en mi camino; entre ellos a los residentes del Centro San Juan de Dios en el que trabajo, a los chavales del grupo de confirmación de mi parroquia, y a tantos ‘otros’...

Norka C. Risso Espinoza
Ordo Virginum
Archidiócesis de Madrid

TEXTOS DEL MAGISTERIO

I

«*Caritas Christi urget nos*» (2 Cor 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo». El santo obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la “puerta de la fe”. Así, la fe solo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios».

(BENEDICTO XVI, carta apostólica *Porta fidei*, n. 7)

II

«Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. *Lc* 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. *Lc* 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. *Lc* 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. *Mt* 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. *Jn* 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la Resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. *Mt* 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. *Lc* 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. *Jn* 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la Resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. *Hch* 2, 42-47).

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar.

Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. *Lc* 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia».

(BENEDICTO XVI, carta apostólica *Porta fidei*, n. 13)

III

«Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que “buscara la fe” (cf. *2 Tim* 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. *2 Tim* 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, esa que no tiene fin.

“Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada” (*2 Tes* 3, 1): que este *Año de la fe* haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues solo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: “Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas” (*1 Pe* 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las

pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. *Col 1, 24*), son preludio de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (*2 Cor 12, 10*). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte.

Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. *Lc 11, 20*), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.

Confiemos a la Madre de Dios, proclamada “bienaventurada porque ha creído” (*Lc 1, 45*), este tiempo de gracia».

(BENEDICTO XVI, carta apostólica *Porta fidei*, n. 15)

IV

«La vida consagrada, tanto masculina como femenina, ha hecho una gran contribución a la labor evangelizadora de la Iglesia a lo largo de la historia. En este momento de Nueva Evangelización el Sínodo llama a todos los religiosos, hombres y mujeres, así como a los miembros de los Institutos seculares, a vivir con radicalidad y alegría su identidad como personas consagradas.

La vida consagrada, enteramente evangélica y evangelizadora, en profunda comunión con los pastores de la Iglesia y en corresponsabilidad con los laicos, fieles a sus respectivos carismas, ofrecerá una significativa contribución a la Nueva Evangelización.

El Sínodo invita las Órdenes y Congregaciones religiosas a estar completamente disponibles para ir hasta las fronteras geográficas, sociales y culturales de la evangelización. El Sínodo invita a los religiosos a moverse hacia los nuevos areópagos de misión. Porque la Nueva Evangelización es esencialmente un asunto espiritual, el Sínodo también subraya la gran importancia de la vida contemplativa en la transmisión de la fe. La antigua tradición de la vida consagrada contemplativa en sus formas de comunidad estable de vida de oración y de trabajo continúa siendo una ponderosa fuente de gracia en la vida y misión de la Iglesia. El Sínodo espera que la Nueva Evangelización haga que muchos abracen con confianza este estilo de vida».

(Proposición n. 50 de los Padres sinodales;
presentada al Santo Padre al finalizar el Sínodo de Obispos,
La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana,
octubre 2012).

